

La escuela paralela

Miguel Ángel Escotet

El desarrollo tecnológico en materia de información y comunicación ha supuesto cambios tan acelerados, en los últimos años, que han afectado profundamente la conformación social y política del mundo

actual. Los medios de comunicación, tradicionales o innovadores, encierran un enorme potencial de creatividad y de desarrollo personal, lo cual hace de ellos elementos muy significativos del proceso educativo.

La radio y la televisión, por ejemplo, constituyeron en sí mismas una esperanza para modificar los medios de aprendizaje. Se pensó que estos instrumentos iban a producir una auténtica revolución en el sistema educativo, pero muchas de sus ventajas no se han utilizado de forma adecuada ni en el sistema escolar ni en el extra-escolar. Más bien, se ha generado una nueva escuela paralela que emerge con fuerza en nuestras sociedades y que, sin proponérselo, compite con la institución escolar. Una escuela que conlleva riesgos indiscutibles que trascienden a la capacidad del propio medio educativo para su respuesta global.

Estos medios de comunicación desarrollan condicionamientos a través de un vocabulario, categorías conceptuales y actitudes. Los programas generan normas, valores y contenidos ideológicos, explícitos o implícitos, que tienden a relacionarse con el modelo cultural y económico dominante por cuanto participan en la estructura del poder social y que, además, pueden crear cambios en el modelo social vigente. La imagen y el sonido cautivan nuestra pasividad. Nadie deja de reconocer que la televisión ha significado un avance tecnológico de primera magnitud que, para bien o para mal, ha cambiado nuestros comportamientos sociales, muchos de nuestros hábitos, ha puesto al alcance de la vista el instante de lo que sucede en el mundo, ha acompañado la crisis de soledad de las sociedades más avanzadas, y se ha introducido en lo más recóndito de nuestra vida privada.

Pero estos medios no se han integrado en el sistema educativo formal. No se ha aprovechado su potencial instructivo y apenas constituyen un medio de aprendizaje decorativo en la gran mayoría de las escuelas del mundo. Se ha dejado construir, sin intencionalidad, una escuela paralela, la de la radio y televisión, especialmente ésta última, que ensalza y refuerza la violencia, los atractivos físicos superficiales, el deseo de acumular, la importancia de los bienes materiales sobre los del espíritu. Una nueva escuela que ignora a las minorías y pone en gravísimo riesgo la mayor riqueza que tiene nuestro mundo, es decir, su propia diversidad cultural como eje de libertad, de creatividad, de transformación y de progreso. Todo ello sin contar con el hecho de mezclar ficción y realidad, sin

discriminar contenidos, lo que induce muchas veces al aprendizaje de errores, con lo que enseña a la población infantil y a los adultos de menor formación intelectual unos conocimientos inexactos, magnificados por la credibilidad en el mensaje del propio medio.

Es decir, la televisión de masas lanza estímulos permanentes de forma indiscriminada que compiten, por versatilidad y plasticidad visual, con la escuela convencional, donde se aprende cada vez menos y se aburren cada vez más. La escuela formal ha sido depositaria de la tradición, ha enseñado a conservar y no a cambiar. Nos encontramos con un desarrollo electrónico que ha revolucionado las «distancias», «los tiempos» y la diseminación de la información. El hombre, al no estar preparado para el cambio, se inclina más a adaptarse a la dictadura de los medios y de los instrumentos que a modificar los patrones de conducta que ellos le imponen o a obtener de ellos el beneficio apropiado y justo.

La escuela tendría que enseñar a discriminar de forma científica, humanista y estética los mensajes de los medios. Es una nueva realidad que exigen los tiempos modernos. La escuela tiene que dirigirse a ayudar a pensar a la persona; a enseñar a aprender; a inculcar amor profundo por la idea de conocer; más que a dar información, a saber dónde buscarla y cómo seleccionarla e interpretarla; a promover la educación afectiva y psico-motora; a crear conciencia de comunidad, de participación, de respeto, de tolerancia, de flexibilidad.

La escuela tiene que romper con el papel de informadora y de promotora de la actividad de la memoria. La reforma educativa es una actividad permanente de la sociedad y no de cambios espasmódicos que inciden en nuevas legislaciones, nuevas estructuras, nuevos medios, nuevos contenidos. La auténtica ley de la educación es aquella cuyo único articulado la obliga a cambiar sin pausa y no a ir por detrás de los cambios, como vagón de cola del tren del progreso socio-político, económico, científico y cultural. Únicamente así dejáramos de tener escuelas paralelas, pues la formación y la información trabajarían conjunta y convergentemente. La educación como impronta de la sociedad adquiriría su potencial anticipatorio; permitiría formar un hombre capaz de comprender el vertiginoso mundo de su tiempo, adaptarse a él y transformarlo.

Esa educación anticipatoria necesita de una nueva dimensión en el proceso de aprendizaje. Para Freire, el mejor alumno de física no es el que mejor conoció y memorizó las fórmulas, sino el que percibió su razón. Yo agregaría que el mejor alumno de filosofía no es el que disertó sobre Platón, Aristóteles, Russell o Hegel, sino el que piensa críticamente sobre todos ellos y corre además con el riesgo de pensar. La nueva escuela tiene que correr ese riesgo si aspira a poner a los medios a su servicio.



Miguel Ángel Escotet es Director General de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez. Ha sido Secretario General de la Organización de Estados Iberoamericanos y Rector de la Universidad Iberoamericana de Postgrado.